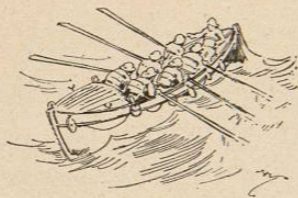


LUCAS. Aceptamos, aceptamos todos. (Aparte.) Lo dicho: es muy bien criado este señor.

LORD. Pues vamos al castillo. (Todos echan á andar. María va á dar el brazo á Arturo, que se lo ofrece; pero lord Melvil, fingiendo no reparar en ello, se interpone y se lo presenta.) Señora...



ACTO SEGUNDO

Magnífico salón en el castillo de Melvil.

ESCENA PRIMERA

LUCAS. Sale limpiándose los dientes con un palillo

LUCAS. ¡Bien he almorzado!.. ¡Bien, bien!.. Me he comido lo menos tres raciones de biftek. ¡No hay como estos pícaros ingleses para asar la carne! ¡Lástima que pusieran alrededor aquella fila de patatas!.. ¡Huy! ¡A un hombre que se está atracando de ellas hace diez y seis años!.. – Pues señor, todos los compañeros de naufragio se han marchado ya, unos en el vapor, otros por el camino de hierro... Mi prima y yo somos los únicos que se han quedado; ¿qué será esto? ¿Si habrá en ello misterio? ¿Si querrán estorbar que sigamos nuestra pesquisa? Ese Jobson, que ha venido con nosotros al castillo, es un hombre que se me ha atravesado aquí... y no hay quien me quite de la cabeza que yo he visto aquella cara antes de ahora... ¡Si sacaremos en limpio que él es el dueño del botón!.. – Y mi prima, que se le ha antojado ahora irse á pasear... ¡Ahí viene . , oiga! ¡Y del brazo con aquel mocito que la salvó!.. ¡Y se ríe! ¡Jesús!.. ¿A que se ha olvidado ya del chiquillo? ¡Vamos, está visto, yo solo tengo un verdadero corazón de madre!

ESCENA II

MARÍA, ARTURO y LUCAS

ARTURO. (Al salir.) ¿Conque qué os parece el parque de Melvil?

MARÍA. Lo que de él he visto, me da muy alta idea de esta posesión. Debe ser muy rico milord.

ARTURO. Es dueño de todo un condado... ¡Oh! ¡De los lores más ricos de Inglaterra!

MARÍA. No le he visto en toda la mañana.

ARTURO. No tardará en llegar; hoy está de gran ceremonia; ha ido á revisar la escuadra que debe darse á la vela.

LUCAS. Prima... (Aparte.) ¡No ha reparado en mí! — ¿Prima, cómo va de salud?

MARÍA. ¡Ah! ¿Eres tú, mi querido Lucas?

LUCAS. ¿Has descubierto algo desde esta mañana?

MARÍA. No; desde esta mañana, nada.

LUCAS. (Con misterio.) Pues yo le ando á los alcances.

MARÍA. ¿Tú?

LUCAS. Yo.

ARTURO. (A María.) ¿Quién es este caballero?

LUCAS. Lucas Duffot, estanquero en París, calle de los Monos, número 104, servidor vuestro.

MARÍA. Primo mío, y mi mejor amigo, sir Arturo.

LUCAS. ¡Arturo!.. ¡Cómo! ¿Este caballerito se llama Arturo?

ARTURO. Sí; ¿qué hay en eso de extraño?

LUCAS. (Aparte á María.) ¡Si fuera el chiquillo este joven!..

MARÍA. (Sonriendo.) Sería cosa rara, ¿no es verdad?

LUCAS. ¡Qué! No puede ser él, ¡Me acuerdo yo del chiquillo como si lo estuviera viendo!.. Un pelito tan rubio..., unos carrillotes tan colorados... Verdad es que con diez y seis años encima, ya debe haber cambiado de figura... A ver; probemos, probemos si se acuerda cuando yo le llamaba. (Se pone enfrente de Arturo y le llama con las dos manos, haciéndole mimos como á un niño de dos años. Arturo se echa á reír.) ¡Ay, ay, ay!.. No era así cómo se reía.

ARTURO. ¿Por qué me hacéis esos gestos?

LUCAS. Por nada. Era una idea equivocada... — Pero no importa: yo no desmayo. — Prima, consiento en que me arañes si pasa la mañana sin que yo atrape al ladrón. (Vase corriendo.)

ESCENA III

ARTURO y MARÍA

ARTURO. ¡Al ladrón!.. ¿Se ha vuelto loco vuestro primo?

MARÍA. No, este es un secreto que acaso algún día llegaréis á saber.

ARTURO. Hasta ahora, lo que os puedo decir es que jamás, aun yendo del brazo de la más hermosa lady, he sentido el dulce placer que me ha causado nuestro paseo de hoy.

MARÍA. (Sonriendo.) Ese cumplimiento lisonjea demasiado mi amor propio. Sir Arturo, yo quiero que me tratéis como trataríais á vuestra madre.

ARTURO. O á mi hermana.

MARÍA. A una hermana mayor.

ARTURO. Bien: de esos dos títulos, escoged aquel que inspire más afecto, más cariño.

MARÍA. ¡Mi elección estaba ya hecha!

ARTURO. Y sobre todo, prometedme quedaros mucho tiempo, muchísimo tiempo en este castillo.

MARÍA. Todo el tiempo que pueda.

ARTURO. ¡Oh, qué alegría!.. En cuanto á milord, no tengáis cuidado, no se opondrá: es noble, generoso; tiene algunas preocupaciones aristocráticas; pero su corazón es de ángel..., conque es cosa decidida; no nos separaremos nunca. (Suenan dentro tres campanadas.) ¡La campana! Ya ha llegado milord.

MARÍA. (Aparte) ¡Tan pronto!.. ¡Ah, cuánto estaba gozando!

ARTURO. ¿Qué tenéis?.. ¡Parece que os habéis inmutado! (Abrense las dos hojas de la puerta del foro: aparecen seis lacayos de toda gala, que se colocan en dos hileras.)

MARÍA. No..., la extrañeza..., no sé..., estoy tan poco acostumbrada á estas etiquetas de la alta nobleza...; pero no es nada; ya estoy serena. (Aparece lord Melvil vestido de gran uniforme de almirante, con banda y collar, y seguido de otros lacayos también de gran gala, que se quedan ocupando en fila la puerta: todos se inclinan al pasar su amo con el más profundo respeto.) ¡El es!.. ¡Yo tiemblo!..

ESCENA IV

DICHOS y LORD MELVIL

LORD. (Al entrar.) ¡Los dos juntos!.. ¿Si se le habrá revelado?.. (Saluda á María, la cual le contesta: en seguida hace una seña y todos los lacayos se retiran, cerrando la puerta.)

ARTURO. ¿Queréis creer, milord, que esta señora se ha turbado al veros llegar? Sin duda ignora que el castillo de Melvil es un asilo donde se encuentra la más generosa hospitalidad. Así es que yo la he hecho los honores en vuestro nombre, la he salido garante de nuestro afecto..., y en fin, la he ofrecido que se quedará con nosotros. Milord, mi palabra está empeñada..., y vos no podéis ya desairar á un oficial de marina.

LORD. Me gusta, Arturo, esa generosidad de corazón.... pero ya olvidáis un negocio de la mayor importancia.

ARTURO. ¿Cuál?

LORD. Os han traído el uniforme y no os lo vais á poner.

ARTURO. ¡Ay! ¡Es verdad!.. ¡Soy un aturdido! ¡Voy á estrenar mi charretera!.. ¡Ah, qué feliz soy!.. Al verme entre los dos, ya casi se me figura que no soy huérfano... Hasta luego..., hasta luego.. (Vase por el foro.)

ESCENA V

LORD MELVIL y MARÍA

MARÍA. Ya veis que he guardado el secreto, milord.

LORD. Mucho os lo agradezco... Así, pues, ¿él ignora aún que os debe el sér?

MARÍA. Lo ignora..., pero este misterio cesa hoy, ¿no es cierto?

LORD. (Con calma.) En cuanto concluya de hablaros, María, quedaréis libre de vuestra promesa.

MARÍA. ¿Y podré entonces?..

LORD. Obrar según os parezca. Sobre este punto consultaréis vuestro cariño y el interés de vuestro hijo.

MARÍA. (Admirada.) ¡El interés de mi hijo!

LORD. Escuchadme, pues, con atención: esta mañana os ofrecí manifestaros la resolución que pensaba tomar; voy á hacerlo, y cualquiera que sea, os lo prevengo, es irrevocable.

MARÍA. (Turbada.) Hablad, milord.

LORD. Antes de todo, permitidme que trate de disminuir á vuestros ojos la odiosidad de mi pasada conducta.

MARÍA. (Apartando los ojos.) ¡Ah!..

LORD. ¡No me condenéis sin oirme: pongo á Dios por testigo de que en todo lo que voy á deciros no hay nada que no sea verdad! (Tomándola afectuosamente la mano.) ¿Vos habéis creído..., y aún lo creéis, que sir Guillermo al amarnos no tuvo otra intención que la de seducir á una joven para abandonarla en seguida á la miseria y la deshonra?

MARÍA. ¡Lo creí, milord, y lo creo todavía!

LORD. Pues os lo juro; ese infame pensamiento no deshonró mi primer amor; entonces, María, mi mayor felicidad hubiera sido legitimar nuestra unión. Por mi honor, os aseguro que pensaba daros mi nombre.

MARÍA. ¡Vos!

LORD. Yo... Acordaos del viaje que hice á Inglaterra en la época del nacimiento de Arturo. Aquel viaje debía decidir nuestra suerte. Yo venía á echarme á los pies de lord Melvil, mi tío y mi tutor, y á pedirle su consentimiento; pero un suceso inesperado hizo que todo cambiase de aspecto. Mi tío y su hijo único acababan de morir casi repentinamente, y yo me hallé heredero de la casa de los duques de Melvil.

MARÍA. ¡Ya entiendo: la alta nobleza entonces os rodeó; la corte os abrió sus puertas... y la ambición se apoderó de ese corazón, y ahogó en él los más dulces sentimientos de la naturaleza!

LORD. ¡Como cabeza de una de las primeras familias del reino, me vi elevado por mi soberano á un puesto eminente..., su voluntad me impuso otras obligaciones..., ya no estuvo en mi mano elegir una vida oscura y feliz!

MARÍA. ¿Y ahora, lord Melvil?

LORD. Ese título que me recordáis debe bastar á probaros que el amor de sir Guillermo tiene que ceder ante la razón, cruel acaso, pero imperiosa, del par de Inglaterra, y que la voz del corazón es forzoso que calle ante las preocupaciones del mundo y la desigualdad de las clases.

MARÍA. ¡Ah, no acabéis!... ¡Guardaos ese título que tanto teméis deshonrar..., yo no os pido más que mi hijo!

LORD. (Después de una pausa.) También yo os lo venía á pedir.

MARÍA. ¡A pedirme mi hijo!... (Aterrada.) ¡Ah!.. ¡Tiemblo comprender esas palabras!

LORD. No sé, María; no sé de qué frases valermé para anunciaros lo que tengo resuelto. ¿Es posible que sea mi destino haceros siempre padecer?

MARÍA. ¿Qué será esto? ¡Dios mío!

LORD. ¡Un dolor más cruel que todos los que habéis sufrido..., lágrimas más amargas que cuantas habéis derramado..., un sacrificio, en fin, que acaso no habrá hecho hasta ahora ninguna madre del mundo!

MARÍA. ¡Un sacrificio!

LORD. (Desdoblado lentamente un papel.) Ved aquí un documento firmado de mi mano; por él adopto á Arturo y le aseguro mi nombre, mis títulos y mis bienes. (La mira.) Pronunciad una sola palabra, y todo esto es suyo.

MARÍA. ¡Una palabra!.. ¿Cuál?

LORD. Ese secreto que hoy habéis guardado.., juradme que lo guardaréis toda la vida.

MARÍA. Explicaos, no os entiendo bien... ¿Que guarde secreto para con todo el mundo? Sí, sí; lo guardaré... ¡Lo encerraré en el fondo de mi corazón; pero con mi hijo, no!.. ¿Es esto lo que queréis decir?.. ¡Con mi hijo, no!

LORD. Con vuestro hijo sobre todo.

MARÍA. ¡Cómo!.. ¡Que renuncie á mis derechos!..

LORD. Para siempre.

MARÍA. ¡Que no pueda nunca decirle: «Yo soy tu madre!»

LORD. Más aún, que os separéis de él.., que partáis.

MARÍA. (Con entereza.) ¡Nunca, milord; jamás!

LORD. Entonces, señora, partiré yo.

MARÍA. ¡Vos!

LORD. Sí; porque no quiero que mi hijo, al estrecharos en sus brazos á vos deshonrada por mí, os pregunte: «¿Quién es mi padre?» y vos se lo digáis; y él, que tanto me ama y me respeta, me maldiga entonces.. ¡No; yo no quiero que Arturo me maldiga!

MARÍA. ¡Que os maldiga!

LORD. Sí, porque á la voz con que su alma me pediría reparación, yo no respondería sino con el silencio, y sería de mármol á sus súplicas y á sus lágrimas. Ya veis si me maldeciría.

MARÍA. ¡Ah..., y yo también!

LORD. Pues bien: huiré lejos de aquí; pondré un mundo entero entre vos y yo; iré dondequiera que vos no estéis. (Déjase caer en un sillón, y apoya la frente en las manos.)

MARÍA. ¡Y qué será de él si vos lo abandonáis! ¡Yo, pobre de mí, qué puedo ofrecerle en cambio de la brillante suerte que vos le destináis!.. ¡La miseria!.. ¡La miseria á Arturo..., á mi hijo!.. ¡Ah! ¡Esta idea me horroriza! ¡Perder él su porvenir..., verse solo en el mundo, sin más apoyo que el de una infeliz mujer, que nada tiene, nada!.. ¡Ah, milord..., vos no podéis sentir eso que habéis dicho!.. ¡Vos no sois capaz de colocar á una pobre madre entre su cariño y la ruina de su hijo!.. ¡No me respondéis!.. ¡Apartáis la vista de mí!.. ¡Ah! Tenéis entrañas de tigre... (Esforzándose á contener las lágrimas.) Bien: seréis satisfecho.., no descubriré el velo que oculta el secreto de su nacimiento..., callaré..., me siento con valor para ello... ¡Pero dejadme al menos que viva á su lado!.. ¡Yo me esconderé para llorar!.. ¡Yo le llamaré hijo mío cuando él no lo oiga!.. ¡Seré criada vuestra, criada suya, criada de todos; no le abrazaré nunca!.. ¡Pero, por Dios, que yo le vea..., que yo le vea..., no me separéis de mi hijo.

LORD. (La mira enternecido y se levanta lentamente.) Esa prueba sería superior á vuestras fuerzas.

MARIA. No, no; yo os lo juro.

LORD. ¡Ah!.. Si vos le vierais delante como yo le veo algunas veces, repitiendo con lágrimas «soy un pobre huérfano...» no podríais conteneros, y le responderíais con un grito del corazón. «Tú eres mi hijo.»

MARIA. ¡Es verdad, Dios mío!.. ¿Qué ruido es ese?

LORD. ¡Sin duda es Arturo que vuelve!

MARIA. ¡Ah! ¡Dejad que me vaya, milord; dejad que me vaya!

LORD. (Deteniéndola.) ¡María, una palabra sola!

MARIA. (Con desesperación.) ¡Dejad que me vaya, Dios mío! (Despréndese de los brazos de lord Melvil y se precipita en su cuarto.)

ESCENA VI

LORD MELVIL

LORD. (Mirándola irse.) Lo leo en sus ojos..., el sacrificio será completo... ¡Ah! Yo la recompensaré tanta virtud y tanto esfuerzo... Y ahora no podrá rehusar mis dones, porque será la mano de Arturo la que se los ofrezca... ¡Pobre María! Yo creí que después de diez y seis años podría volver a verla sin conmoción..., y a pesar mío, los recuerdos de mi juventud se agolpan a mi corazón... ¡Ah! ¡Lo conozco; nunca se puede ver con indiferencia a la mujer que nos inspiró el primer amor! (Permanece pensativo.)

ESCENA VII

LORD MELVIL y LUCAS

LUCAS. ¡No puedo dar con el ladrón! — ¡Hola! Aquí está milord.
LORD. (Aparte sin verle.) ¡Y si me ha engañado!.. Si María vacilase y llegara a hablar con Arturo, todo se perdía. ¡Alejarlo de aquí u obligarla a ella a dejar el castillo sería demasiado cruel! (Oyese ruido dentro.) ¿Qué ruido es ese?.. (Viendo a Lucas) ¿Sabéis vos qué es eso?
LUCAS. No, milord; yo venía buscando al Sr. Jobson; si pudierais decirme...
LORD. (Yendo a la puerta.) ¡Arturo con marineros!.. ¿Qué significa esto?
LUCAS. (Aparte.) ¡Marineros!.. ¡Si estará entre ellos mi ladrón!

ESCENA VIII

DICHOS, ARTURO y MARINEROS

ARTURO. ¡Milord!.. ¡Dadme la enhorabuena!.. Aquí traigo una orden del almirantazgo... (Agitando un papel.)
LORD. ¡Orden del almirantazgo a vos!
ARTURO. A mí. Me mandan ir hoy mismo a bordo del Real-Jorge... ¡Un navío de ochenta cañones!.. Mirad, mirad... (Le da el pliego.)
LORD. (Aparte.) Se aleja de aquí... ¡Todo se ha salvado!
LUCAS. (Aparte, habiendo pasado revista a todos los marineros.) Ninguno de estos es. ¡Y todos tienen los mismos botones!.. Esto es capaz de volver loco...
LORD. (Que ha leído.) En efecto, la orden es terminante; os mandan transportar a Portsmouth los marineros del Real-Jorge que estaban con licencia en los pueblos de esta costa.
ARTURO. (Señalándolos.) Aquí están todos, alegres y dispuestos a embarcarse como su oficial; ¿no es cierto, camaradas? (Va dándoles la mano; Lucas también se la da.) ¿Queréis vos también embarcaros con nosotros, buen amigo?

LUCAS. Muchas gracias; yo me mareo. ¿Habéis visto por ahí al Sr. Jobson?..
ARTURO. (Sin oírle.) ¡Ea, compañeros, a levar ancla, y viento en popa; voy a ponerme mi uniforme, y vamos a bordo! — ¡Ah, qué cabeza la mía!.. ¡Soy un ingrato! Esa señora francesa que tanto me quiere... ¡Y me iba sin despedirme de ella!
LORD. Se ha ido a su cuarto. Está algo indispueta.
ARTURO. ¡Pobrecilla!
LUCAS. ¡Cómo es eso!.. ¿Mi prima está indispueta?
ARTURO. ¿Y creéis que no podrá recibirme?
LORD. Yo me encargo de disculparos...
LUCAS. Y yo.
LORD. Muchachos, seguid a vuestro oficial.
ARTURO. (Aparte.) Yo haré una escapatoria para darla un abrazo.
LORD. Arturo, que os esperamos.
ARTURO. Estoy a vuestra orden, mi almirante. (Vanse lord Melvil, Arturo y los marineros.)
LUCAS. (Pensativo.) Con tal que Jobson no se vaya con ellos... Y tengo ya que prescindir de mi botón; si parece que todos aquí se han dado de ojo para llevarlos iguales... Pero me queda otro cuerpo del delito..., esta caja de tabaco.. (La saca y toma un polvo.) Este inmenso receptáculo que el ladrón se dejó olvidado sobre mi mostrador en la refriega. Y es suya, no tiene duda: yo he sonsacado a su mujer, que habla más que mi cotorra, y ella me ha contado que Jobson estuvo en París, precisamente en la época... ¡Y cómo me lo ha negado el pícaro! Yo le confundiré, y veremos qué ha hecho del chiquillo. Será oficial de zapatero... ó grumete de navío... ó pinche... Pero yo le educaré..., le enseñaré a distinguir las diferentes clases de tabaco... (Se sienta pensativo.) En fin...
JOBSON. (Aparte, saliendo.) Por fin, sir Arturo se va a marchar, y ya no se volverá a tratar del negocio... ¡Me alegro!.. ¡Estaba yo en ascuas!.. Lo único que siento ahora es haber contado la historia a mi mujer... (Viendo a Lucas.) ¡Calle, que está aquí el primo! (Dándole en el hombro.) ¡Hola, compadre Lucas!
LUCAS. (Levantándose asustado.) ¡Eh!.. ¿Qué es eso?.. ¿Virginia... ó rapé... ó?.. (Aparte.) ¡Ay, qué bárbaro! Pensé que estaba en mi estanco.
JOBSON. ¿Estabais dormido?
LUCAS. Me alegro que vengáis, Sr. Jobson.
JOBSON. ¿Por qué?
LUCAS. Charlaremos un rato; tengo una cosa que preguntaros.
JOBSON. Ya; tocante a milord... a este castillo... á...
LUCAS. No; tocante a París.
JOBSON. ¿A París? Yo nunca he estado allá.
LUCAS. Mentís como un sacamuelas.
JOBSON. ¡Cómo es eso, gabacho!
LUCAS. Vuestra mujer me ha dicho que sí.
JOBSON. (Aparte.) ¡Ah! ¡Maldita charlatana! — Pues yo os digo que no; eso lo habéis soñado allá en vuestro estanco de la calle de los Monos...
LUCAS. ¡De la calle de los Monos!.. ¿Y quién os ha dicho que yo vivía en la calle de los Monos?
JOBSON. (Turbado.) ¿Quién?.. Vos mismo.
LUCAS. ¡Yo!.. Mentira, mentira..., yo no os lo he dicho.
JOBSON. ¿Y qué que lo sepa?
LUCAS. ¿Y por qué os habéis puesto colorado?
JOBSON. ¡Yo!.. Porque hace aquí bastante calor...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

LUCAS. (Sacando con énfasis la caja.) Pues tomad un polvo y se os descargará la cabeza.
 JOBSON. (Al tomarlo, repara en la caja.) ¡Qué veol..
 LUCAS. (Aparte.) Se ha turbado al verla..., este es el ladrón. (Jobson estornuda.) *Domini-
 nus tecum.* - Este es buen tabaco..., de la calle de los Monos..., ya lo cono-
 ceréis..., y creo que también la caja.
 JOBSON. ¡Yo!. No por cierto.
 LUCAS. Pues es extraño..., porque allí se quedó olvidada en el mostrador del es-
 tanco de la calle de los Monos..., justamente por la época en que vos estuvisteis
 en París..., y justamente el día que me robaron el niño Arturo.
 JOBSON. Creo que me llaman..., es la voz del almirante..
 LUCAS. Es la voz de tu conciencia, ¡bribón, embustero!..
 JOBSON. ¡Vos estáis loco!..
 LUCAS. ¡Ladrón de chiquillos!..
 JOBSON. ¡Ea, agur!. (Aparte.) ¡Qué demonio de hombre!
 LUCAS. No te marchas de aquí..., no señor..., sin decirme dónde esta el chiquillo..
 JOBSON. (Arremangándose.) ¡Dejadme salir..., ó esto acaba mal!
 LUCAS. ¡Oh! No tengo miedo. (Presentándole la caja abierta.) ¡Estoy armado!
 JOBSON. Paso .., ó si no... (En ademán de boxear.)
 LUCAS. ¡Acércate..., acércate..., y verás cómo te ciego!..
 JOBSON. ¡Paso, digo!

ESCENA X

DICHOS y MARÍA

MARÍA. ¿Qué es esto?.. ¿Qué ocurre, Lucas?
 LUCAS. ¡Qué ha de ser!.. ¡Que he encontrado al ladrón..., ese es!.. Déjame que lo
 ciegue..
 MARÍA. (Después de mirarlo, deteniendo á Lucas.) Salid..., os perdono (Jobson saluda y se va.)

ESCENA XI

LUCAS y MARÍA

LUCAS. ¡Cómo!.. ¿Le dejas ir sin que declare dónde está el chiquillo?
 MARÍA. Es inútil; ya lo sé.
 LUCAS. ¿Lo sabes?.. ¿Sabes dónde está?.. Pues dime..
 MARÍA. Todo te lo diré..., pero en Francia.
 LUCAS. ¡En Francia!
 MARÍA. Sí; allá nos volvemos.
 LUCAS. ¿Con él?
 MARÍA. Sin él.
 LUCAS. (Asombrado.) ¿Sin el niño?.. ¡Y eso dice su madre!.. ¡Su mamá!..
 MARÍA. Él ignora que yo soy su madre..., y es preciso que lo ignore siempre.
 LUCAS. ¡Entonces, hazme el favor de decirme para qué me he estado yo comiendo
 patatas diez y seis años!.. ¡Para qué me he embarcado!.. ¡Para qué he estado ex-
 puesto á servir de almuerzo á un tiburón!

MARÍA. Primo, si me quieres, no me preguntes más.
 LUCAS. Pero es cosa inaudita..
 MARÍA. ¿Preferirías verme morir de dolor después de haber hecho la desgracia de
 Arturo?
 LUCAS. ¡Ah! Si la cosa es tan seria..., ya no digo nada. Callo y voy á disponerlo
 todo para nuestra marcha. ¡Cosa más rara! .

ESCENA XII

MARÍA

MARÍA. Sí; marcharé, llevaré conmigo el secreto. Arturo no se verá infeliz, abando-
 nado.., no recibirá por herencia mi obscuridad, mi miseria y mi nombre des-
 honrado.. ¡No; yo quiero que sea rico..., poderoso! . ¡Que ocupe un puesto bri-
 llante en ese mundo que arroja de sí á su madre! - Milord acaba de enviarme á
 decir que Arturo, de orden del almirantazgo, había partido á bordo... ¡Ah! Casi
 me alegre ..; no viéndole tendré más valor para resolverme al terrible sacrificio.
 (Llorando.) ¡Sin embargo .., marcharse sin verme..., sin darme el último adiós!..
 ¡Ah! ¡Qué amargura! (Cae abismada en un sillón. - Abrese con misterio una puerta peque-
 ña; asoma por ella Arturo; cerciórase de que no hay nadie y sale.)

ESCENA XIII

MARÍA y ARTURO, de uniforme

ARTURO (A la puerta.) Está sola.
 MARÍA (Sin verle, levantándose.) No importa..., os lo he ofrecido, mi Dios, y cumpliré
 mi juramento.
 ARTURO (Aparte.) ¡Qué triste está!.. Parece que ha llorado..., ya no me atrevo á acer-
 carme á ella.
 MARÍA (Con firmeza.) Esto es hecho. (Se enjuga los ojos; vuélvese, ve á Arturo y da un grito.)
 ¡Ah!..
 ARTURO. ¡Perdonad..., os he asustado!
 MARÍA. No..., nada de eso; pero yo creía..
 ARTURO. ¿Que me había marchado ya? No debisteis, sin embargo, creer que me
 marchase así.
 MARÍA. Es verdad; no debí creerlo.
 ARTURO. Milord y Jobson no saben que estoy aquí; he venido á escondidas... ¡Te-
 nían un afán por que me fuese al instante!.. Cuando les manifestaba deseos de
 despedirme de vos, me decían que no podíais recibir á nadie...; pero yo estaba se-
 guro de que me recibiríais. ., y así, lo que he hecho es deslizarme sin que me sien-
 tan y venir por esa puertecilla á daros el último adiós y á enseñaros mi uniforme.
 MARÍA (Aparte.) ¡Valor mío, no me abandones!
 ARTURO. Y además quería pedir os una gracia.
 MARÍA. Hablad, hablad.
 ARTURO. Es que no sé cómo deciros... (Aparte.) Aunque es pobre, tiene delicadeza...,
 busquemos un medio indirecto...